

Edward Weston, *Desnudo de Tina en la azotea*, 1924, (cortesía del Centro de la Imagen)

Mi amiga Tina Modotti

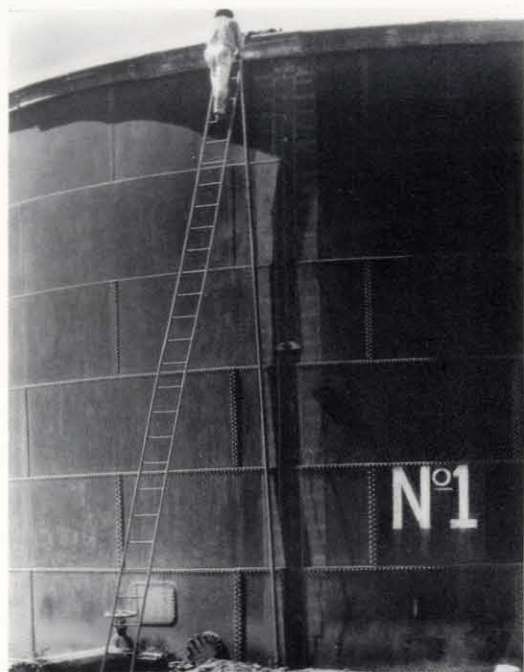
Germán List Arzubide

Contra lo que la fantasía le ha aplicado, Tina Modotti ni era promiscua ni era bonita; chaparrita y flacucha de piernas modestas, tenía la frente muy sumida y la nariz pronunciada. Diego, en Palacio, la retrató en verdad como era. A cambio puede afirmarse que era atractiva en extremo. Siempre vestida con excesiva austeridad, tenía sin duda el encanto exquisito de las mejores mujeres. Además, los desnudos de la colonia Condesa que su compañero Edward Weston le había tomado circularon profusamente en una época públicamente recatada, e hicieron sensación. Para completar el halo exótico y sensual que envolvió a Tina, aquí se exhibieron las películas de Hollywood donde aparecía desnuda en velos.

La excesiva generosidad capilar que las fotos revelaron en medio de sus piernas, obligaron a la sospecha y hubo quien juró que, para dramatizar, Weston le había puesto ahí una zalea de mono. Ella misma reía del popular mote con que se le conoció: Tina Monote.

Los conocí a los dos desde que llegaron a México. Vivíamos juntos en la casa de Germán Cueto, Diego, Lupe Marín y yo, y en la casa de junto, en la calle de Mixcalco, vivía con su familia Ramón Alva de la Canal. A las frecuentes tertulias que ahí se organizaban asistían Tina y Eduardo y, naturalmente, establecí con ellos una profunda amistad. A los 24 era yo siete años menor que ella y mucho más joven que Weston, ya entonces un vejucón de treinta y tantos años.

Fascinada con mi físico, notable entre tantos feos, Tina muchas veces me retrató sin que mediara provocación; retratos que todavía existen. Juntos viajamos y compartimos tantas tardes. Inclusive recuerdo haberlos llevado con un fotógrafo de barrio quien les tomó sus dos fotos de aniversario. Juntos hicimos también la revista *Horizonte*, que yo dirigí y ellos ilustraron. Una de las fotos de Tina que ahí aparecieron, donde bellamente captó a unos albañiles, nos hizo planear un libro: *El canto de los hombres*, que yo escribí y ellos ilustrarían, pero por desgracia tuve que partir súbitamente con la bandera de Sandino hacia Europa para después permanecer una larga temporada en la Unión Soviética, y todo se perdió en el remolino, inclusive mi texto que conservó Tina Modotti.



Tanque número 1, 1927. Núm. de inv. 35281

Yo ya había leído otras biografías de la Modotti por lo que, francamente, aplazaba la lectura del *Tinísima* de la Poniatowska. Inclusive, como es mi costumbre, hablé mal de él sin haberlo leído, asustado por su tamaño (a los noventa y cinco ya no se aco-meten libros grandes, so pena de desperdiciar parte del dinero).

También había disparado mi confianza el hecho de que siendo una clara biografía se le titulara como “novela” ¿Acaso tiene más *glamour* ser novelista que biógrafo? o, ¿anteponiendo la palabra “novela” se está autorizado para manosear la memoria de otros? Me ciscó que en entrevista, la Poniatowska declara que dudó si debía enchufarle algún otro amante (imaginario) a Tina por Europa.

Mas presionado por tanta gente que solicita mi opinión, recurrí a un viejo truco que me facilitó la tarea: rompí el libro en tres partes y lo rebauticé. A la primera parte le llamé “Los fabulosos veintes” y disfruté de veras la descripción de las fotografías a las que éramos tan afectos. Ahí vi de nuevo a todos los compañeros entrañables con los que alegremente hacía la revolución. A la segunda parte le llamé “El linchamiento” y agoniqué ante el espectáculo odioso de la suciedad que se volcó sobre esta intensa mujer. De prostituta y



Exterior del estadio, ca. 1925. Núm. de inv. 35284

promiscua no la bajaron (bajan) cuando, sin duda, mantuvo sus relaciones de mujer y cosmopolita siempre dentro de la discreción. Mentira, por cierto, que rodó de inmediato bajo las mesas con Julio Antonio Mella. Otras hubo entonces descaradamente libertinas (pueden ellas corroborarlo, aún viven), pero no las enfocaron los reflectores.

El periodismo en especial le debe un desagravio a Tina por la alevosía con la que se le masacró y por haberle dado cuenta al gobierno sediento de justificaciones para golpearlos a los comunistas. La expulsión de Tina es vergüenza y dolor en nuestra historia.

A la tercera parte le llamaré “La madre de todas las guerras” y recorrí de nuevo el cataclismo donde en España se pisoteó atrocemente a la humanidad entera.

Aceptemos que Tina fue una de las grandes mujeres de este siglo, ejemplo y orgullo que la Poniatowska cabal y emocionalmente esclarece. Falta, sin embargo, analizar los orígenes de su grandeza. En ella se cumplió cuidadosamente la vieja máxima feminista de que “detrás de toda gran mujer hay una gran hombre”. Tina estuvo espectacularmente asociada a tres de los gigantes de la época y de ellos extrajo el fuego que

forjó su extraordinaria personalidad: de Weston, a quien sin duda superó triunfando internacionalmente como fotógrafa, obtuvo la formación minuciosamente estética y elegante que matizó la primera etapa de su vida. De Julio Antonio Mella, con su vida y con su muerte, obtuvo el ejemplo moral sacrificado y puro que caracteriza a los revolucionarios que llevan la lucha al límite de la abnegación. Y finalmente de Vittorio Vidali, recibe la Modotti la enseñanza de la acción valiente pero inteligente, efectiva, del que hasta que llega el momento de lanzarse con todo, de arriesgar la vida por amor a sus semejantes sin importar de qué lugar de la tierra sean. Donde hubo que luchar, como Garibaldi, como el Che, como Bolívar, ahí estuvieron Tina y Vittorio.

Pero hubo otro aspecto culminante en la formación de Tina Modotti que pocos ponderan; ese fue México. El México emocionante y luchador de los años veinte al que llegó buscando algo más que ya no encontraba en Estados Unidos.

En ese México que fascinó a la Modotti se escribía, se esculpía, se pintaba, se pensaba, pero sobre todo se luchaba. Todos, con la pluma, el pincel o la pistola empujábamos para liberar a los obreros y a los

campesinos y para enfrentar a los tiranos. Muchos murieron, otros lograron seguir en la trinchera, pero nadie se rajó ni salió millonario. Hombres y mujeres pusimos nuestra vida o nuestra muerte al servicio de la causa socialista, y fácilmente, como ejemplo, reclutamos a Tina Modotti.

Ella no tuvo otra patria que México. De Italia salió niña y nunca pudo regresar. En Estados Unidos apenas pasó algunos años juveniles trabajando como costurera, y luego el rechazo; pero en México se hizo y a México regresó, temerosa, pero ya no tenía otra patria y al final ésta, la suya, la acogió.

Debemos considerar a Tina una gran mexicana: que no nos la quiten. Le debemos un cálido homenaje que no debe esperar. Es injusto no hacerlo. No la corrió México; la corrió un gobierno abusivo contra la voluntad de todos.

Tina, hermana, qué bueno que descansas aquí en tu casa junto a todos tus camaradas. Perdona las injurias, igual nos la hicieron a nosotros.

Marzo de 1993.



El universo Modotti